

El Salvador

María Guadalupe Morfín Otero

*Va el primero de los poemas y otro más
dedicado a Patacho¹, que sin decirlo habla de
Don Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de las Casas.*

Ven aquí para que aspire la madrugada
contenida en las cunas de Moisés
a orillas de los estanques
del hotel más grande.
Para que duermas y despiertes
de cara a un volcán en espera.

Ven aquí para que mires
los árboles de almendro dulce
sus flores moradas
el huracán naranja de las galeanas.

Ven aquí para que inhales
el viento de la costa
en La Libertad
mientras tu *Pilsener* y tus ostras
completan la alegría de un José Alfredo
en mariachi de trópico
y *La vida no vale nada*
es derrotada por la fuerza del mar
la negrura del café.

Ven aquí para que te adentres
en palacios de otro siglo
a los que llegas por veredas curvas

¹ Carlos Morfín es "el Patacho", hermano de la autora.

emulación de plantaciones
de otras tierras al norte
y conozcas los candiles y los mármoles
a los que son afectos los nuncios
y algunos embajadores.
Ven aquí para que alguien te cuente
por primera vez en años su secreto:
los ojos que miraron las Cherokis
del Estado Mayor
acampar junto a los basureros
para depositar un cargamento humano
anónimo y múltiple
las voces que no pudieron ser silenciadas
los cuerpos que no pudieron ser consolados.
Y el espanto del que todo lo vio
y siguió mirando
las mismas Cherokis
en distintos colores pero siempre sin placa
hasta que se firmó la paz.

Ven aquí para que mires
primero un jardín de rosas
en la universidad que tiene nombre de libertador
-José Simeón Cañas-
y luego las fotos
de lo que sucedió allí:
la masa de cerebro entre la yerba
el dulce padre Amando
el abrazo definitivo de Martín Baró
a la tierra salvadoreña
la bata café del padre Ignacio
y en otro lugar la camisa azul
de Óscar Arnulfo Romero
cuyas vísceras quedaron incorruptibles
por un mes
en la gruta del jardín custodiado por la Virgen.

Ven aquí para que veas
cómo era imposible atinarle a Romero
desde afuera
con la luz en contra

y darle en el altar en el corazón en el centro
del Salvador mismo
con la misma bala
sin ser profesional
sin estar adiestrado
en los oficios de la muerte.

Ven aquí para que bebas
en ambiente de bohemia
cerveza holandesa.
La Ventana vende libros, discos y botanas
y ofrece una barra de madera
con botellas verde azul incrustadas
y juegos de copas y de luces
para entibiar la noche más oscura
mientras tus amigos ríen, lloran
y rememoran los tiempos del exilio
los de sobrevolar su país sin poder besarlo
los de dar la mano desde lejos
a tanta amargura sin retorno.

Ven aquí para que veas
en plena madrugada
dos talleres abiertos con humildad laboriosa
y poderío de instrumentos:
El Salvador trabaja y reconstruye.

Ven aquí para que sepas
que ya son poco más de catorce familias
las que lo tienen todo:
las tierras, el mejor restaurante
-se llama como mi ciudad-
las galerías, las plazas comerciales
donde el común horror de imitar a Estados Unidos
parece inevitable
como en el resto de América.

Ven aquí para que bajes a la tumba
del arzobispo mártir
cuya sombra iluminada todavía reparte bendiciones.
Allí, frente a la catedral más colorida del continente
dispararon a la multitud

postrada y venerante, huérfana.
Y luego cruza el teatro, y en la esquina
ve pasar el cortejo de los "buses"
venas de peregrinaje adolorido y ruidoso
los pobres apresurados en hallar esa otra cara
la de la justicia
que no se colma
con la mera justicia electoral.
Conoce la noche salvadoreña
su murmullo indecible
su inagotable oxígeno que nace
de una paz fincada en el acero
una espina de acero
como decía Dalton
quien también decía
que las dificultades se rompen con el pecho abierto.

Ven aquí a que abras el pecho
y te lleves el dolor y la esperanza
como un canto a tu regreso.
12 de diciembre de 1999.

La tregua del exiliado

María Guadalupe Morfín Otero

Colmado y neblinoso
emprende el visitante su regreso.
En el telar de la distancia tejerá sus salmos
invocará al profeta.

En vano oteará los horizontes
de tejabanos rojos y ahumados
el olor de la leña en las mañanas
mientras soplabla el frío en San Cristóbal.

Nada podrá arrebatarle, sin embargo
la visión de la ofrenda
el canto indígena
las cuarenta banderas y entre ellas la verde
asignada al custodio de los pueblos indios.

Nadie le ahorrará la visión de la Cruz
en medio de una plaza rebosante
por lenguas de pájaros
ropas magníficas
el caminar del indio reconocido hermano.

Nadie silenciará las voces de Las Abejas
torrencial susurro
en la hondonada de Acteal.

Lo habitará la dulzura
de los sobrevivientes

la memoria como fortaleza
para derrotar al olvido.

Y cada vez que beba el café de estas tierras
sentirá el aguijón en sus entrañas
el corazón que tira para el sur
la orfandad como un manto de espinas.

Recordará la tregua que interrumpió el exilio
el llanto agradecido del que se sabe en casa.
Y no podrá mentir:
con el fuego atravesado en la garganta
irá diciendo la verdad
de estas piedras.

San Cristóbal de las Casas, Chiapas
26 de enero de 2000